



ODAS  
DE  
PINDARO

PA3612

2P5

03

C.1

0648  
1648e



1080005081



[ 880 ]<sup>VI</sup>  
P 648 0<sup>11/I/79</sup>

PA3612  
° P5  
03



FERN

5081

CARTA-PROLOGO

nejar el verso suelto. Con todo, en obsequio de V. especialmente, á quien tanto fastidia la rima, la hice á un lado en tres odas; y en la Olímpica VIII y Pítica III, procuré con todo empeño ajustarme á la letra, y trasladar fielmente los epítetos, frases y giros griegos. Bastante me he servido de tercetos, y no sé hasta qué punto habré tenido razón: en la Olímpica I adopté esta combinación sólo por no seguir á Fray Luis de León (que empleó la canción Petrarquesca en esa oda, la única que tradujo) á Berguizas ó á Canga Argüelles, que hicieron uso de la silva.

Empecé en octavas la Pítica IV, verdadero canto épico, imitando en ello al italiano Borghi. Presto me cansé de su prolongado retintín, y juzgando que el lector se cansaría lo mismo que yo, introduje, á estilo de las leyendas románticas, diversos metros. ¿Qué le parece á V. esta trasgresión de los preceptos clásicos? En una versión, por ejemplo, de los Argonautas de Apolnio Ródio ó de la Odisea de Homero, ¿podría seguirse el mismo método?

Largas disertaciones han hecho los comentaristas de Píndaro, y en especial Augusto Boeck, que tengo á la vista, sobre los metros de nues-

tro Poeta. Mucho nos hablan de los ritmos *Jónico, Dórico, Frigio, Lidio, Mixolidio, Eólico*, etc., etc. Detiéndense á encomiar la gravedad, templanza, igualdad y severidad varonil del ritmo Dórico; y en el Lidio encarecen la dulzura, suavidad y armoniosa ternura. Confieso á V. que quise, al principio, imitar los metros del original, y segun la diversa clasificación de las odas en Dóricas, Eólicas, Lídias, etc., así servirme de versos mayores ó cortos, de estancias largas ó breves. Algo lo conseguí, sobre todo en las piezas en que prevalece el suavísimo ritmo Lidio, y que aparecen en mi traducción en versos anacreónticos, unas veces asonantados, otras veces en estrofitas con sabor de endechas. Pero no es practicable en lo general este método, ni lo aconsejo á los futuros traductores.

Debo igualmente disuadirlos de la división griega en estrofas, antiestrofas y epodos, sobre todo si los últimos han de contener diverso número de versos que las primeras. Yo hice un ligero ensayo en la Olímpica XI; pero el éxito infeliz que el famoso Don Francisco de Quevedo Villegas tuvo en una tentativa análoga, me dejó escarmentado para siempre. Además, no se ob-

en prosa de Heyne y de Boeck, la paráfrasis Benedictina, las traducciones inglesas de Turner, Moore y West, y la italiana de Borghi. He consultado algunas otras en diversos idiomas, que han caído á mis manos, y si más hubiera logrado reunir, más habría estudiado. Si al traducir á los Bucólicos me bastó muchas veces la pequeña edición de Boissonade; para interpretar á Píndaro me habrían parecido pocas cuantas se han dado á la estampa, y cuantos manuscritos encierran las bibliotecas europeas.

He sido muy parco en las notas. Salvo una que otra excepción, he evitado repeticiones, que las habrían hecho interminables. ¿Á qué repetir, por ejemplo, la historia de Perseo, cada vez que se hace alusión á sus aventuras? Tampoco he creído necesario asentar hechos ó fábulas bien conocidas, y que en todo caso, se encuentran fácilmente en cualquier manual ó diccionario mitológico. He omitido, por tanto, enumerar los trabajos de Hércules, dar los nombres de las Musas, clasificar á las ninfas, y otras cosas semejantes.

Apartándome de la opinión y práctica de V., y de muchos alemanes é ingleses, he dado á las

tiene la ventaja de traducir estrofa por estrofa, y hacer que cada antiestrofa y epodo de la versión corresponda á los del original. En griego se puede terminar una estrofa sin que se complete el período, pero no así en castellano. En la traducción del Idilio II de Teócrito lo intenté una sola vez, y no estoy del todo satisfecho. En la espléndida oda á Diágoras de Ródas, traduje estancia por estancia; pero no pude ceñirme al original hasta el extremo de dejar el sentido incompleto, y tuve que sacar de su lugar varios versos que en las estrofas castellanas habrían parecido remiendos heterogéneos. Me permito hacer estas observaciones, hijas de mi propia reciente experiencia, no sólo á los futuros intérpretes de Píndaro, sino también á V. y nuestro Valera, esperando no les sean del todo inútiles en la versión de los coros de Esquilo y de Sófocles, cuya traducción aguardan con ánsia las letras castellanas.

No sabré decir á V. precisamente qué texto he seguido. La edición que más me ha acompañado es la de Lóndres de 1814; pero he tenido también á la vista otras dos de Lóndres, dos de Leipzig, una de Padua y otra de Glasgow. Me han servido mucho las versiones latinas

refiere á sus antepasados, á la historia de su ciudad natal, á las leyendas relativas á la fundación de la misma, y á sus misteriosas relaciones con dioses y diosas.

No sé si habrá V. leído en cierto autor, por otra parte de gran mérito, que "*Píndaro cambia á menudo de metro, llevado por el poético entusiasmo.*" Se figuró el censor, al ver los versos, ya cortos, ya largos de nuestro poeta, que tenía delante alguna de aquellas leyendas que despues escribieron Víctor Hugo, Espronceda ó Zorrilla, en que sin orden alguno se recorren todos los metros, desde el raro unisílabo hasta el cansado alejandrino. Destruyamos, amigo mio, las falsas ideas que haya engendrado tan temeraria y falsa aseveración. Si hay algo regular y ordenado desde el principio hasta el fin, son las odas de Píndaro. Aunque éstas entre sí no se parezcan, las estrofas y antiestrofas de cada una constan de igual número de versos (al grado que se pone con cifras este número al principio de cada estancia); y si bien el epodo difiere de aquellas, todos los epodos de un canto, cuando los hay, son idénticos.

No puedo yo ménos que deplorar con V. y

con todos los amantes de las letras, la pérdida de los cantos procesionales (*πρωσόδια*), los himnos de vírgenes (*παρθένεια*), las canciones bailables (*ύπορχήματα*), las cantilenas báquicas (*σκολιά*), las odas encomiásticas á Príncipes (*εγκώμια*) y los lamentos fúnebres (*θρήνοι*) que sabemos que escribió Píndaro y que no han llegado hasta nosotros. Sin embargo, no convingo con aquellos que creen que valían más que los himnos triunfales que poseemos, y que éstos no nos dan sino una ligera idea del valer de Píndaro. ¿No le parece á V. que tiene razón el alemán Müller cuando afirma que los *έπινικια* deben haber sido decididamente superiores á los demás, puesto que multiplicándose sus copias llegaron hasta la edad presente? “En todo caso, añade, estas odas, por la gran variedad de sus asuntos y estilo, compensan ampliamente la pérdida de las otras clases de poesía lírica.”

Y con justicia. ¡Qué pensamientos tan sublimes, qué máximas tan puras, qué ideas tan profundas adornan las poesías del gran Lírico! Parece á veces que estamos leyendo los Libros Santos. Pasajes hay dignos de Moisés, y otros que se po-

drían intercalar en el libro de Job, sin que se notase la diferencia. Vemos repetida la historia de José, casi al pié de la letra, en varios cantos, aunque aplicada á héroes mitológicos; y las frecuentes invectivas contra la envidia, la calumnia, la adulación, la mentira, parecen calcadas en los escritos inspirados de Salomón.

Y sin embargo, nada ménos que eso. Siempre fué verdad lo que él cantaba con tristeza en la Nemea VIII, y entónces

Cual hoy, se conocía  
La blanda adulación, la artera maña;  
El chisme, la falsía,  
Y la calumnia vil, que el brillo empaña  
Del mérito sublime.

Estas bajas pasiones acibararon la vida del gran Lírico, y disminuyeron la alegría de sus triunfos. Con todo, no atribuyo á la envidia, ni ménos á la ignorancia de los jueces, el que Píndaro haya sido vencido por Corina cinco veces en certámenes poéticos. Prescindiendo de su juventud, pues apenas había nacido en Tébas el año 520 ántes de J. C. y la poetisa era mucho mayor que

el vate imberbe, era natural que los encantos y la maestría en recitar de la agraciada contendiente, hiciesen resaltar sus versos mucho más que los del inexperto mancebo. En las academias de Italia, en que es tan comun ver á poetisas tomar parte en justas literarias, ¡desdichado el varón á quien toca pronunciar sus lucubraciones despues de alguna hermosa versificadora! He visto á eminentes poetas deslucirse en semejantes circunstancias; y los espectadores más doctos poco atendían á sus palabras, embriagados con el recuerdo de la dulce voz que acababa de resonar en sus oídos. Algo parecido debe haber pasado con la encantadora Corina; si bien, por otra parte, el mismo Píndaro nos demuestra que la galantería no era virtud favorita entre sus contemporáneos. De otra suerte, ¿cómo habrían tolerado que llamara *ὕς* á su afortunada competidora, aunque el nombre del inmundo animal no tuviera el feo significado que hoy se le atribuye, especialmente en Italia?

¿Tuvo Píndaro por padre á Daifanto ó á Escopileno? ¿Debió, en verdad, á la enseñanza de su madre Mírtis la destreza en versificar que han admirado los siglos? ¿Fueron realmente maestros

suyos Simónides, y su futura rival Corina? ¿Murió á los cincuenta y seis ó á los ochenta y seis años de edad? No quiero ni puedo entrar en el fondo de estas cuestiones. Á V., querido Marcelino, tan familiarizado con el polvo de las bibliotecas, toca dilucidarlas; y espero ver pronto un estudio, como los que V. acostumbra, sobre el gran Poeta que tanto trabajo me ha costado interpretar.

“Píndaro, dice Quintiliano, es el príncipe de los nueve poetas líricos griegos, sobresaliendo por su inspiración, su magnificencia, sus sentencias, sus figuras. Es felicísimo en la riqueza de sus expresiones y la variedad y abundancia de sus asuntos, y se deja llevar, si así puedo expresarme, por un torrente de elocuencia, de tal suerte, que Horacio juzga que nadie es capaz de imitarlo.”

Esta maravilla de la lírica poesía es la que yo he osado manejar con mis indóciles manos, y revestir con el tosco traje español que yo mismo he cortado. Que nadie me tache de temerario. Á V. debo el haber acometido la empresa; á V. el haberla llevado á cabo; y á V. puedo aplicar los siguientes versos de nuestro Píndaro (Píti-



ca X) que me servirán de respuesta á los que censuren mi osadía:

Yo de Torace en el amor confío,  
Mi dulce huésped, cuya diestra amiga  
De las Musas me puso en la quadriga  
Con ardor exigiendo el canto mío.

Creo que ya es tiempo de bajar del brillante carro de las hijas de Apolo, y que no volverá V. á hacerme empuñar sus doradas riendas. Á V. y á sus discípulos toca enriquecer nuestra literatura con las versiones de los clásicos griegos de que aún carece. Yo creo haber contribuido ya con un contingente proporcionado á mis fuerzas, traduciendo en verso castellano los Bucólicos, y ahora el Píndaro, que remito á V. y pongo bajo sus auspicios. Reciba V. en prenda de invariable amistad, este volúmen, en cuya compañía quisiera de buena gana cruzar los mares y dar á V. un abrazo, quien se repite

Siempre suyo

IPANDRO ACAICO.

México, Febrero 15 de 1882.



## VIDA DE PÍNDARO

**P**ÍNDARO, príncipe de los poetas líricos, fué Tebano, del pueblo de Cinoscéfalas, entre Tespias y Tebas, en Beocia. Su padre fué Daifanto; otros dicen que Escopelino ó Pagondas: algunos conjeturan que éste último fué su padrastro, y no falta quien llame al segundo su tío. Tuvo por madre y primera preceptora á Mirtis ó Mirto, y nació, poco más ó ménos, el año 520 ántes de Jesucristo, contando de 37 á 40, cuando la armada de Jerjes fué vencida frente á Salamina. Su principal maestro, no sólo en la poesía, sino en pulsar la lira, fué Laso de Hermione, célebre poeta, autor de famosos ditirambos. Tuvo tambien por preceptor á Simónides, el lírico más insigne de aquellos tiempos; aunque, si ésto es cierto, poco imitó el fogoso discípulo al suave y templado maestro.

Cuentan los antiguos que, siendo aún niño, un enjambre de abejas formó en la boca de Píndaro un panal de dulcísima miel; presagio de su futura preeminencia sobre los poetas líricos de todos los siglos y países. Casó con Megaclea (que otros llaman Timoxena), y tuvo un hijo varón, á

quien dió el nombre de su abuelo Daifanto, y dos hijas llamadas Protómaque y Polimetis.

Fué religioso en extremo, y se distinguió por su singular veneración á Rhea, Apolo y Pan, y quiso que la casa de su habitación, en Tébas, se hallase situada junto al templo de la misma Rhea. Su pureza de costumbres, su hospitalidad, patriotismo y mansedumbre, lo hicieron muy popular; y gozó del favor de varios príncipes, especialmente de Alejandro (hijo de Amintas I), de Macedonia, de Gerón de Siracusa, y de otros cuyas hazañas cantó. Venció en un certámen musical á Mirtis, y fué cinco veces vencido en justas poéticas, por Corina de Tanagra, que algunos afirman habia sido su maestra.

Por haber llamado á Aténas *celebérrima, espléndida, gloriosa, y baluarte de Grecia*, *Αἰπαραὶ καὶ αἰοδιμοὶ Ἑλλάδος ἔρεισμα κλεινὰ Ἀθήναι*, lo multaron en mil dracmas los Tebanos, entónces en guerra con los Atenienses; pero éstos, al saberlo, le regalaron doble cantidad. Fué el único entre sus conciudadanos que mereció ser admitido á los sacrificios de Apolo, y participar de sus sagrados banquetes; y la sacerdotisa de Délfos le asignó, además, la mitad de las primicias ofrecidas á aquella divinidad. Tuvo una muerte plácida á los 65 ú 85 años de su edad, en una reunión sagrada (quizá las fiestas de Juno) en Argos: sus hijas trasladaron á Tébas sus restos mortales.

Los Atenienses le erigieron una estatua de bronce. Cuando los Lacedemonios tomaron á Tébas, respetaron únicamente la casa de Píndaro; y otro tanto hizo más tarde Alejandro el Grande, cuando incendió la misma ciudad.

## ODAS OLÍMPICAS